

LOS NUEVOS ARQUITECTOS



RESUMEN DEL PRIMER CAPITULO

EN el primer capítulo, publicado la semana anterior, se abordaba el tema a partir de las dos instituciones oficiales que configuran la profesión arquitectónica. La Escuela de Arquitectura y el Colegio de Arquitectos. Un somero repaso a la política académica y sus contradicciones pedagógicas abocan a dos crisis importantes: los déficits de formación técnica y los desequilibrios oferta/demanda. Precisamente, el número creciente de graduados que se colegian anualmente produce, al enfrentarse con el marco socio-profesional real, una serie de tensiones estructurales de evidentes implicaciones económicas. Las nuevas necesidades de construcción, además, imponen un cambio de escala que pone entre paréntesis cada vez más el esquema del arquitecto entendido como profesional liberal, cuya independencia económica respecto a las grandes empresas está cada vez más en cuestión. La figura del nuevo arquitecto que surge, precisamente de la confrontación de unas eventuales nuevas concepciones con el contexto real, quedaba dibujada para ser analizada en este capítulo segundo.



La arquitectura como espectáculo podría ser el lema de una serie de edificios calificados oficialmente como «singulares» y que han proliferado en los últimos años, especialmente en Madrid y Barcelona. Forzando las legislaciones municipales a situaciones «excepcionales» no sólo rompen con la escala estética, de proporciones o de densidad predeterminada, sino que por otra parte son ejemplos de arquitectura suntuaria, a cargo de gastos de representación de importantes empresas. En Madrid, paseo de la Castellana, son buenos ejemplos los «buildings» de Rumasa, Banesto, IBM, Banco Hispano Americano, La Unión y el Fénix, además de las Torres de Colón... Y en Barcelona, el conjunto Winterthur, Banco de Madrid, Sears.



II

DE LA EDIFICACION DE CONSUMO A LA ACTITUD CRITICA

LA pura contemplación de la **arquitectura-resultado**, del urbanismo real de nuestras grandes ciudades vistas bajo un prisma crítico hace surgir una serie de cuestiones sobre el ejercicio de la **arquitectura-profesión**. Hemos visto hasta qué punto el acceso a las escuelas técnicas ha sido durante muchos años un privilegio de clase en el que el «numerus clausus» de su sistema docente añadía un grado más a su elitismo. Y después la relativa liberalización del acceso a la Universidad y la ampliación notable del volumen de edificación en los últimos tres lustros han sido un desafío innegable. De él surge como crisis socio-profesional la consideración de la figura del arquitecto como técnico que sufre las contradicciones de una confrontación desequilibrada. Por una parte, el tipo de formación inadecuada a la circunstancia. Por otra, un marco institucional que se resiste al «aggiornamento». Esta estructura profesional resulta, en primer lugar, por no abandonar unos privilegios de casta a nivel de mantenimiento

de la estructura de ejercicio liberal y casi artesanal. Y en segundo lugar, por una actitud gremial que concibe a los Colegios como el bastión de protección de unos derechos inalienables. Esta misión un tanto burocrática de los Colegios favorece la institución del arquitecto como notario de la tecnología, que, sin perjuicio de la honestidad de unos, propicia el visado de obras que pueden no reunir los requisitos técnicos y éticos...

Durante años, el escaso número de arquitectos en cifras absolutas y en proporción al número de edificaciones hacía la obtención del título ya una garantía de rentabilidad, con independencia de la calidad del trabajo. La multiplicación del número de profesionales en los últimos años, no obstante, no ha traído consigo la lógica distribución del trabajo. Gracias a privilegios de clase y a relaciones de negocios, las grandes firmas liberales o las grandes empresas constructoras controlan desequilibradamente el proceso económico de la construcción. No sólo en el sentido de concentración de tra-

LOS NUEVOS ARQUITECTOS

bajo, sino de manipulación, según unos intereses económicos y de rentabilidad del proceso constructivo.

LAS OPCIONES DEL GRADUADO

Tal como se analizó en el primer capítulo, la descripción de las condiciones objetivas en que se desenvuelve la profesión puede ayudar a comprender el tipo de dificultades que el estudiante en Arquitectura tiene al graduarse. Transcribo del Informe presentado, en 1970, por un grupo de profesionales al Colegio de Arquitectos de Madrid, en el que de modo contundente se deja bien claro que «... la dirección del proceso (constructivo) corresponde fundamentalmente al poder económico. El técnico, en su función dirigente, es sustituido por el tecnócrata, como instrumento de control económico. Esto exige un sistema de trabajo y unas relaciones de producción que, aisladamente consideradas, podrían ser más progresivas que el trabajo de tipo liberal, pero derivado del carácter monopolista del mercado, que no exige la calidad del producto, la mezquindad de las empresas, que, hoy como ayer, no tienen más móvil que su propio beneficio, conduce a que éstas, a la hora de escoger su complemento técnico, no busquen fundamentalmente un técnico competente, sino «obediente».

Con el mismo lenguaje, el Informe expone las dos opciones fundamentales que se le ofrecen al graduado joven y que servirán de clave maestra al motivo de esta encuesta: «Si nos detenemos a considerar las consecuencias de la entrada del técnico en una situación tal, se le plantean dos alternativas: una, la de convertirse en un tecnócrata, un ejecutivo del poder económico, lo que equivale a una toma de partido por los intereses del capital. Otra, su proletarianización, su aceptación del papel de pieza del mecanismo de producción al precio que el poder económico esté dispuesto a pagar y prestando el servicio que a éste le interese».

Esta esquematización admite matices, pero es válida. Dos arquitectos de las más recientes promociones, Eduardo Leira e Ignacio Solana, me aclaran que el desequilibrio oferta-demanda de arquitectos es complejo, cuantitativa y cualitativamente. «Por una parte, las empresas constructoras absorberían más y los arquitectos estarían dispuestos a ser integrados, pero el nivel de formación práctica que producen las Escuelas de Arquitectura es francamente bajo. Y ni las empresas ni los grandes estudios quieren cargar con la formación de un arquitecto improductivo. Si el nivel fuera más alto y la cualificación de la especialidad correspondiese a las demandas reales, el problema se plantearía en términos

distintos. Por otra parte, las empresas prefieren fijar y pagar sueldos que siempre pueden ser mejor de los limitados, pero las ordenanzas del Colegio indican claramente que un profesional arquitecto debe recibir honorarios por su tarea. Aunque algunas empresas ya arreglan eso, haciéndose entregar los honorarios por el arquitecto una vez cobrado y dándole sólo el sueldo fijado...».

LA ADAPTACION AL MEDIO

Si durante muchos años ha sido jauja o poco menos, la profesión se empieza a poner negra. Las cosas ya no están tan fáciles, si bien lejos del dramatismo comparativamente con otras profesiones. Parece que se ha acabado la situación de inmediata rentabilidad del título y que, como en otras carreras, hay que pasar unos años de penuria hasta dar con la línea profesional adecuada. Un índice interesante: hace cuatro años no quedaron cubiertas las plazas a una oposición a arquitectos del Ministerio de la Vivienda; este año, los aspirantes presentados suman diez veces el número de plazas.

Es difícil hablar de crisis general. El ritmo de promoción es más lento, más irregular, más sometido a condicionantes: ya no «llevan» los proyectos, hay que «trabajar» más al cliente, hay que integrarse en empresas o en estudios de varios arquitectos. Parece que las grandes ciudades, sobre todo Madrid y Barcelona, ya son «mercados» difíciles y que es aconsejable un repliegue sobre capitales más pequeñas e incluso pueblos de ciertas características... Todo esto son tendencias observables, síntomas y conjeturas de una situación dinámica poco reducible a datos estadísticos.

Hay quien pasa su purgatorio anónimamente en una empresa, o bajo la autoridad de profesionales mayores, hay quien prefiere refugiarse en un cargo de la Administración —ministerial o municipal—. Pero, desgraciadamente, la mentalidad coincide en muchos; todo esto sólo se prolonga el tiempo justo para poder conseguir una red de relaciones mínima que permita independizarse. Volvemos, pues, al fetiche de la placa en la puerta y la estructura artesanal y paupérrima. En cambio, no se parece apreciar la tendencia desarrollada en países como Inglaterra, de grandes oficinas de proyectos con cien o doscientos arquitectos trabajando, perfectamente organizadas y con una estructura funcional pensada operativamente para las condiciones tecnológicas de la industria de la construcción.

Hay otra faceta que incide dramáticamente sobre la demanda de arquitectos jóvenes: la concentración. Como la norma que exige que cualquier obra tenga su firma



Hay centenares de situaciones en las que el absurdo se confunde evidentemente con lo constructivo. Degradaciones de tramas, déficits de servicios, desequilibrios de escala, criterios superpuestos, no serían comprensibles más que en un contexto de gestiones burocráticas nominales a la hora de formalizar un trámite o solventar una irregularidad y que pueden resultar anónimos a la hora de exigir responsabilidades. Algunos casos de arquitectos municipales podrían ser explicativos de situaciones inexplicables, y en los Colegios empieza a cobrar forma un movimiento de control y crítica de las incompatibilidades.

no tiene su contrapartida en una limitación de obras, puede darse el caso de que un solo arquitecto firme cientos de proyectos. Esto, aparte de la inmoralidad profesional que representa, porque quien actúa así no tiene tiempo material de haberlos estudiado, supone un desequilibrio en la demanda, que afecta, fundamentalmente, a los arquitectos jóvenes subempleados.

En definitiva, para un número de casos incomprensiblemente elevados no se trata, pues, de un

problema generacional en el sentido de oposición y ruptura, sino más bien de adopción de esquemas similares, pero que la situación les impide asumir inmediatamente. Lamentablemente, una serie de índices y una recogida de datos exhaustiva reunida en la citada encuesta realizada, en junio de 1970, por un grupo de arquitectos de Madrid arrojaba esa conclusión entre otras, a mi juicio, menos graves: una tónica de progresiva adaptación acrílica al medio y en definitiva, los móviles



Madrid y, sobre todo, Barcelona ostentan tristes «records» mundiales de densidad urbana. A la hora en que todo el mundo civilizado se plantea los problemas de reivindicaciones ecológicas, redención del entorno, la polución y el ruido, nuestros nuevos barrios se siguen construyendo en la mayor parte de las ocasiones con unas densidades infrahumanas, y en las que no sólo los espacios verdes son escatimados —cuando no escamoteados—, sino los más elementales servicios, como calles, alumbrado, alcantarillado, escuelas, supermercados. Es el urbanismo resultado que produce la especulación del suelo y la subrogación de teóricos servicios públicos de primera necesidad, como la vivienda, en manos de las inmobiliarias y grandes empresas constructoras, que obviamente han de seguir las leyes del mercado.

integradores, conformistas y de lucro como básicos y crecientes entre la muestra encuestada. Por otra parte, sería difícil que un entorno tan reaccionario como el que hace posible la formación y la praxis arquitectónica en nuestro país aún hoy propiciase actitudes más salvables. Con todo, existen.

LAS OPCIONES PROGRESIVAS: APOCALIPTICAS CONTRA INTEGRADOS

No tanto para censurar a quienes se integran, como para que se pueda tener una dimensión mensurada de hasta qué punto Arquitectura es una carrera de élite, los datos suministrados por la citada encuesta de 1970 sobre arquitectos jóvenes, en Madrid, son esclarecedores: la curva ascendente de rentas es tal que, si bien hasta los cinco años de posgraduación sólo el 40 por 100 ganaba más de treinta mil pesetas mensuales, en los años quinto a decimoquinto de profesión, el 27,7 por 100 se situaba por encima de las cien mil pesetas mensuales de renta, el 41 por 100, entre las treinta y las sesenta mil; un 16 por 100, entre las sesenta y las cien mil, mientras que los rezagados debajo de las treinta mil eran sólo el 11,1 por 100.

Una vez conocida, «grosso modo», la tarifa de la integración, los resultados de mi encuesta no pueden quedar reducidos a esta visión poco esperanzadora. Si su importancia no es grande cuantitativamente, sí lo es por su peso específico: los arquitectos jóvenes cuentan con un grupo sustancial que hace de su profesión una lúcida crítica. Que realiza a través de la praxis profesional o de la investigación teórica una labor de búsqueda de soluciones más justas para la pro-

blemática que tiene planteada nuestra sociedad. Que no hace —por decirlo de modo más contundente— del proceso constructivo un factor de «vedetismo» artístico y enriquecimiento económico personal.

He visto a algunos de esos arquitectos, ellos me han hablado de otros, sus tareas han de quedar diluidas en un anonimato. Unos entienden su oposición al «status quo» arquitectónico como un medio de expresión profesional en sí y con la formulación de instancias críticas a niveles teóricos o profesionales. Hay, pues, quien ha escogido quedar al margen del reparto del suculento pastel de la construcción y enseñar en la Universidad una arquitectura que sea más verdad técnicamente y más pensada para la sociedad, no en su contra. Hay grupos que se insertan en la gestión de los colegios profesionales y desde su seno hacen una labor de examen de conciencia y saneamiento que intente reducir el número de contradicciones y se esfuerzan por desmontar mitos culturales, privilegios clasistas y corrupciones con acciones concretas, a través de trabajos de investigación o con manifestaciones de contestación cultural...

MADRID-BARCELONA, DIFERENCIAS ESPECIFICAS

MI encuesta, realizada a dos niveles, me ha demostrado que las problemáticas de Madrid y Barcelona son, como es previsible, muy específicas. Su diversidad arranca de varios factores obvios, la relación dialéctica de proximidad o lejanía con el poder de la Administración central y sus implicaciones obvias, la idiosincrasia diametralmente opuesta y los planteamientos socioeconómicos de es-

cala muy diversa en lo que a la construcción se refiere. En Madrid, por ejemplo, se apunta un fenómeno respecto a la dicotomía integración-marginación: el creciente número de arquitectos jóvenes y urbanistas que aceptan puestos en cargos oficiales. Y no me refiero a los que los tienen de acuerdo con su manera de ver las cosas, sino los que entran en conflicto con su ideología avanzada o abierta. El «challenge» aperturista de la Administración está movido —esta es otra cuestión— por una necesidad tecnológica, pero más aún por la presentación de una imagen exterior de dignificación. La experiencia es interesante, pero, a decir de quienes se han prestado a ella, es beneficiosa y frustrante a partes iguales. El encargo de planes generales o bloques de viviendas, de proyectos de envergadura beneficia a esos profesionales en la medida que pueden de ese modo desarrollar sus conocimientos teóricos en una praxis muy atractiva y sin limitaciones teóricas aparentes. La realidad ulterior se encarga de demostrar frustrantemente las contradicciones en las que se ha incidido y lo inviable de llevar instancias progresistas en urbanismo o arquitectura en el seno de las actuales estructuras.

El caso de Barcelona es distinto. Esta posible colaboración de elementos jóvenes y progresistas en lo oficial sólo se podía dar en el Plan del Área Metropolitana. De hecho se dio, pero también se tocó fondo de nula operatividad de los criterios aplicados por el equipo en conflicto de unos juegos de intereses que sólo los utilizaba como una pantalla decorativa, y hubo una dimisión casi masiva... (Véase TRIUNFO, núm. 448, «El extraño caso del Área Metropolitana de Barcelona».) Las demás

opciones críticas tienen que refugiarse en un contexto más aislado de estudios privados y política culturalista marginal.

UNAS PIEDRAS DE TOQUE Y DE ATAQUE

Con todo, en Barcelona, los arquitectos jóvenes están llevando a cabo acciones en profundidad que hasta hace muy poco tiempo eran impensables en el contexto en el que nos movemos. La acción crítica asumida por la actual Junta de Gobierno del Colegio de Arquitectos, en la que están representados bastantes jóvenes, ha supuesto la puesta en práctica de una iniciativa que puede ser revolucionaria. Se ha aprobado una moción que regulase real y efectivamente las incompatibilidades de los arquitectos municipales. Se trata de un problema sabido e innegable: la institución inevitable del arquitecto municipal se ha convertido, en muchos casos, en una práctica abusiva que acarrea un cuasi-monopolio de sus titulares, que amparándose en su poder y capacidad de gestión, obtienen un número crecido de encargos privados. Baste como botón de muestra los datos siguientes: en el año 1967, de los 64 arquitectos con mayor volumen de obra, 47 de ellos eran arquitectos funcionarios (un setenta y cuatro por ciento). Entre todos ellos cubrían 141 cargos, un promedio de tres cargos por arquitecto. Y cada arquitecto tenía como media 2,7 municipios. Y como dato definitivo: entre los 64 arquitectos de mayor número de proyectos sumaban 11.072, es decir, un promedio de 173 proyectos «per cápita». Aparte de que pone en cuestión también el reparto de volumen de obra, este ataque frontal a la estructura profesional ha producido auténtica conmoción y sesiones de un parlamentarismo ululante y de enfrentamientos espectaculares de posturas radicales y conservadoras. Los jóvenes patrocinadores han encontrado apoyo en muchos profesionales mayores que han sufrido vejaciones o competencias desleales de los «municipales» a lo largo de su carrera. Esto, de ir efectivamente adelante la moción aprobada, sería una piedra de toque o más bien de ataque.

La contestación universitaria es también un factor de posible esperanza. Es difícil prever las actitudes que adoptarán los jóvenes airados de hoy. Pero hay que prestar mucha atención hoy ya a la longitud de onda en que emiten su protesta. Si sigue siendo en nombre de una ideología de izquierdas más o menos teórica, ha cambiado radicalmente su forma de producirse: de un modo absolutamente crítico, de puertas adentro de la Escuela se ha puesto en cuestión todo su planteamiento pedagógico. Se han producido mo-

LOS NUEVOS ARQUITECTOS

vimientos de oposición violenta a algunos catedráticos, no sólo por el tipo de enseñanza que impartían o por cómo lo hacían, o si acudían o no a clase, sino también por el tipo de actividad profesional que desarrollaban fuera de la Escuela, que, a juicio de las tendencias más radicales, era considerado incompatible, y los alumnos de varios cursos han apoyado un boicot que se me antoja significativo de una actitud cambiante. Si ésta se mantendrá —y cómo se formalizará— cuando los alumnos de hoy pasen a ser arquitectos colegiados es un interrogante abierto.

EL «BOOM» DEL URBANISMO

Como otro cantar es, clarísimamente, el urbanismo. Sus acentos son ya casi de ópera, por su envergadura y por el número de figurantes. Hay que dar fe de un auténtico «boom» de vocaciones urbanísticas entre las nuevas promociones. Algunas seriamente trabadas con un proceso de estudios, generalmente en el extranjero, ya que, dicho sea de paso, la formación en las escuelas ha sido, durante años, nula. Se asiste a un renacimiento esperanzador, concretamente en la de Barcelona, donde un equipo de profesores jóvenes ha enfocado la enseñanza en conexión con un departamento de investigación de alto nivel científico. Otras de estas vocaciones son de signo nominalista y puro «bluff». Pero vayamos a lo positivo.

¿Cuáles son las perspectivas que encuentran en su horizonte los nuevos arquitectos que escogen el atractivo camino de la urbanística? Lógicamente han de ir a parar a puestos de planeamiento en organismos del sector público. Hay una demanda, ciertamente. En 1971 se cumplen los quince años de todos los planes generales, período tras el que obligatoriamente se han de revisar. Las dos grandes urbes, Madrid y Barcelona, tienen áreas metropolitanas y un desarrollo urbanístico como para absorber muchos expertos. El Ministerio de la Vivienda —especialmente desde su último titular— pone especial énfasis en el urbanismo. Sobre el papel hay campo abonado. En la práctica, bien es verdad, muchos encuentran marco para desarrollar una actividad, para estar en nómina de equipos de planeamiento. Pero veamos cuáles son las limitaciones.

Quizá el caso del área metropolitana de Barcelona es paradigmático: hay que volver sobre él una y otra vez, por su especial significación. Desde hace varios años, equipos de jóvenes técnicos —algunos de ellos formados en las más rigurosas escuelas europeas y norteamericanas— aplicaban un esfuerzo de planeamiento de gran

envergadura científica. Tras un período de estudio y de recogida de datos hicieron una evaluación crítica de la situación y se aplicaron patrones correctores de las deficiencias, se arbitraron soluciones que conjugaban la audacia técnica con un sentido progresivo de la acción social, en definitiva, una aplicación de esquemas avanzados que supusieran una concepción de la ciudad más racional, pensada para todos y huyendo de la estratificación, de las marginaciones y, por supuesto, de la especulación y degradación urbanas. Todo este concepto difícil de resumir —pues consta de veinte tomos su estudio— ha quedado o está en camino de quedar en una auténtica montaña de papel mojado. Las recientes disposiciones del Ministerio de la Vivienda han invalidado sustancialmente las propuestas del Plan. De un plumazo se dicta una medida drástica y se planea una ciudad de 300.000 habitantes de nueva planta. Aparte del método poco democrático de no consultar al organismo de planificación, que, por supuesto, desaconsejaba una medida de «kolossalismo» urbano en abierta contradicción con los presupuestos sociales de su planeamiento, esta medida ha tenido consecuencias inmediatas e implicaciones diversas. En primer lugar, produjo la dimisión de una buena parte de los componentes del equipo del Plan del Área Metropolitana, que, por supuesto, no tienen forma de desarrollar una actividad profesional adecuada, quedando reducidos desde entonces al ostracismo o a la investigación.

El capítulo de las implicaciones de una medida así hay que verlo en el marco legal desde el que está dictada: las llamadas ACTUR o Plan de Actuaciones Urgentes, que ampara, que, en casos especiales de necesidades sociales, se puedan agilizar, léase simplificar, las gestiones de planeamiento. Los expertos en urbanística a quienes he sondeado sobre esta política se han mostrado escépticos y opuestos a tal plan. En primer lugar, porque la doctrina de planeamiento en que está basada está superada; la experiencia de los «grandes ensembles» franceses ha sido un fracaso total, a pesar de que sus dimensiones eran mucho más reducidas y sus emplazamientos mucho más discutidos y decididos en función de una dialéctica de su espacio con el conjunto ecológico y urbano. Y pretender compararlas con las «New Towns» británicas es puro ejercicio retórico. Y en segundo término, porque propicia un régimen de expropiación-urbanización de grandes conjuntos, cuya realización constructiva sólo puede ser asumida técnica y económicamente por las grandes empresas. Vuelta a empezar. O vuelta a tropezar con las estructuras:

se mire por donde se mire, se va a parar a las leyes económicas que se están dictando desde el progresivo e impresionante fortalecimiento del sector privado. Y la Administración no sólo no se opone, sino que propicia una subrogación de derechos y deberes, en definitiva, de la prestación de servicios públicos que pasan aberrantemente a manos de la iniciativa privada. Es la actuación de concesionariado que tiene su exponente más claro en las grandes autopistas de peaje y que, por todos los indicios, va a seguir en los planes urbanísticos de grandes conjuntos cuya «urgencia social» favorece el traspaso de poderes.

ESPERANZAS CRÍTICAS Y CRÍTICA DE LAS ESPERANZAS

Mientras tanto, los jóvenes profesionales que se planteen el urbanismo desde sus raíces más justas y científicas, ¿deben integrarse en un sistema que acaba por engendrar el tipo de soluciones como las que acabamos de describir? Porque el dilema que se les presenta es el de trabajar con estas pautas limitativas y en contra de sus principios, pero a cambio de obtener una experiencia práctica y un conocimiento desde dentro del aparato administrativo y sus resortes, o bien mantenerse al margen en una reflexión teórico-crítica esperando tiempos mejores, pero sin una praxis tan con-



La frontera entre las chabolas y los bloques permite confrontar dialécticamente dos tipos de barracas con una

creta. Entre los jóvenes encuestados existen una división y una duda a este respecto, y una diversa evaluación de las contradicciones que comporta cada actitud, una búsqueda de líneas intermedias con un difícil eclecticismo.

De hecho, el porvenir tendría que ser propicio a los urbanistas, ya que es previsible que, por poco que la dinámica desarrollada sea llevada a ciertas consecuencias, habrá demanda. Pero de un cierto tipo. Aunque hay que considerar



Esto es Madrid. Teóricamente, los hombres que habitan en este entorno —para el que la lluvia significa este fangoso tipo de contribución— son ciudadanos. Su derecho, de segunda categoría, a la urbe se traduce en esta provisionalidad que puede prolongarse años con esperas para alcantarillado, agua, luz —por no hablar de servicios «de lujo», como teléfonos, mercado, iglesia, escuelas, etcétera—, indeterminables e interminables. A veces, el plazo dura lo que tarde el terreno en revalorizarse y ser expropiado de urgencia para construcción de viviendas que pueden ser inasequibles a los actuales habitantes. Este es el marco del «advocacy planning», al que se dedican algunos nuevos arquitectos.

LA EDUCACION DE PALMIRA

Nuria Pompeia • Manolo V.



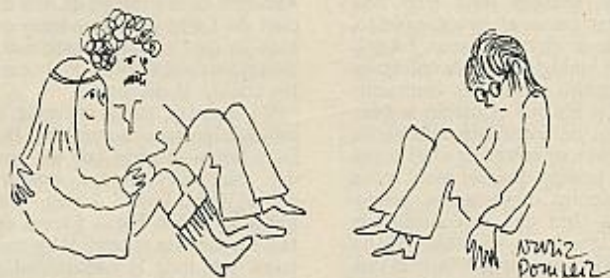
EL VIEJO ESQUEMA DE LA CÉLULA FAMILIAR...



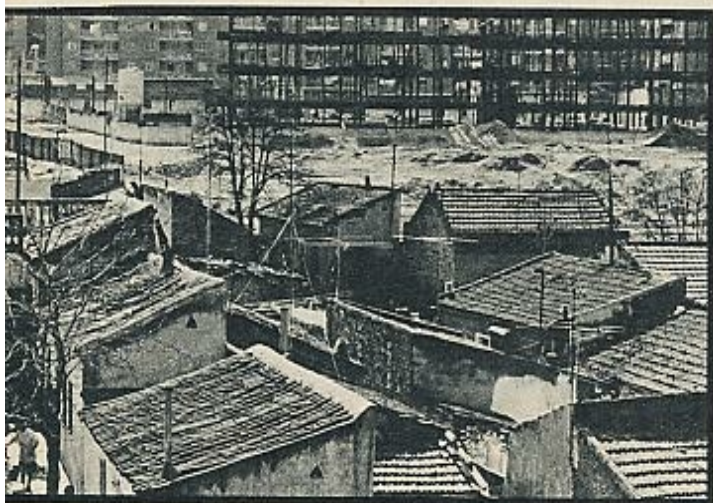
NO TIENE SENTIDO EN UNA SOCIEDAD AVANZADA...



PERO MIENTRAS LAS COSAS NO CAMBIEN...



JUANITA Y YO HEMOS SOLICITADO UN PISO DE RENTA LIMITADA A LA CAJA DE AHORROS...



ques de nuevas viviendas es a veces una franja exigua trazada con tiralíneas. Estos pos de alienaciones urbanísticas: las condiciones infrahumanas de salubridad de las masificación y anonimización de los pisos económicamente limitados.

también que los vicios estructurales de las grandes empresas constructoras, y que permiten a una de las cinco grandes, cuyo nombre omito, mantener una plantilla de más de trecientos profesionales y técnicos y sólo tres arquitectos, pueden repetirse a la hora en que controlen el urbanismo.

Claro que llamar urbanismo al aprovechamiento de unas dinámicas de mercado y a una especulación del terreno y de la construcción es hoy una impropiedad. Y aunque sean excepción, ya existen grupos de arquitectos jóvenes que le dan un nuevo enfoque profesional, dedicando todo su esfuerzo de planeamiento y de gestión a realizar lo que en la praxis norteamericana se llama «advocacy planning». Por llamarlo de alguna manera, este contraurbanismo sería el proceso de asumir las necesidades de los usuarios de una zona deprimida, de un barrio suburbial, desde abajo, y realizando una confrontación dialéctica entre necesidades y medios, busca los caminos posibles para esos ciudadanos en el marco de una política a la defensiva contra especulaciones y medidas arbitrarias, por acción o por omisión, de actuaciones urbanísticas. Naturalmente que la estrategia es ardua y que casi todos los factores son adversos para que desde la base se puedan plantear siquiera instancias reformistas. Es, en definitiva, entender el urbanismo como el derecho a la ciudad en un enfrentamiento dialéctico con la concepción de que la estratificación social se refleja en ciudadanías de clases con distinta participación de los valores urbanos que acaban por volverse negativos.

En el Colegio de Arquitectos de Barcelona se está llevando a cabo una experiencia en cierto modo emparentada con el «advocacy plan-

ning». Se trata de un organismo —el OIU (Oficina de Información Urbanística)—, al que se le encarga velar porque se cumplan las disposiciones vigentes. Por lo menos éstas, mientras se espera el santo advenimiento de otras más progresivas. Y de este modo ya se han producido denuncias espectaculares de casos flagrantes de actuaciones al margen de lo legislado y no a beneficio de inventario, o de la sociedad, sino a beneficio de un individuo o de una sociedad concreta, anónima, eso sí.

Con todo, obviamente, se trata de instancias a las que una innegable buena fe no puede añadir ni la eficacia operativa ni la visión en profundidad. Un análisis político adecuado y de suficiente rigor ideológico demuestra, sin duda, que las soluciones posibilistas tienen el peligro de acabar siendo instrumentadas por el sistema a uno u otro plazo. En definitiva, la reflexión tecnológica más depurada lleva a evidenciar no sólo las contradicciones morales de medidas viciadas técnicamente, sino complementariamente la incongruencia técnica de soluciones a medio camino ético. El enorme foso de las necesidades sociales, culturales y económicas del mundo de la construcción urbana no sólo pasa por la dimensión cuantificable, sino por un sutil juego de contradicciones claramente dimanantes de lo político. Dicho con palabras de Tomás Maldonado: «La conciencia crítica, si quiere operar con eficacia en la esfera de la acción, debería ser también conciencia crítica de la procesualidad técnica». Sólo así, según el mismo autor, se puede «reconstruir sobre nuevas bases nuestra fe en la función revolucionaria de la racionalidad aplicada». ■ G. L. D.P. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.